

Jesús Ferrero

La noche se llama Olalla

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A Mari Luz, a Sonia,
a Sandra y a Marta,
que desde su ausencia trágica
ya saben lo que significa el silencio.*

«Detesto a las víctimas cuando respetan a sus verdugos.»

SARTRE

Uno

Diario de Olalla. Madrid, 9 de agosto, 2012

Años atrás, cuando la riqueza brillaba con sus burbujas vanas y las finanzas de corto aliento, cuando se regalaba dinero etéreo y los medios de comunicación proclamaban que España era la octava economía del mundo, las calles y las piscinas de Madrid se vaciaban en agosto.

Los que tenían el buen gusto de quedarse en la ciudad y no llenar las playas con sus cuerpos pringosos y enrojecidos podían disfrutar de un Madrid íntimo y tranquilo, que invitaba a gozar de los placeres de la amistad y del amor, o a tumbarse en el césped de las piscinas lejos del tumulto y con la misma tranquilidad que en una piscina privada.

Pero todo ese mundo reluciente y caduco es ahora solo un sueño del pasado. Muchos madrileños han renunciado a las vacaciones fuera de casa y la piscina del estadio de Vallehermoso, que frecuento desde niña y que otros años se despoblaba en el ecuador del verano, rebosa de madres, niños y vecinos sin un euro en el bolsillo. En el césped del cercado de cipreses adyacente a la piscina principal, ya no caben más cuerpos tendidos al sol. A la incomodidad de una situación que se presenta como novedosa, se

une el desasosiego que me produce la lectura de la prensa en este verano tan sangriento del 2012 que los devotos de las falsas interpretaciones del calendario maya consideran definitivo para la humanidad y para todo el sistema solar, ya que no dudan que va a ser el año del fin del mundo. En parte les doy la razón, pues si bien no creo en el fin del mundo, sí pienso que se está constatando, de forma cada vez más evidente, el fin de un mundo vinculado al dinero y los negocios fáciles.

Uno de los periódicos que acabo de leer todavía habla del asesino del cine de Aurora, el que jugó a convertir la virtualidad de la pantalla en realidad sangrienta y desbocada.

Pero la performance del cine de Aurora, la ciudad de Colorado, no es el único asunto sangriento que divulga el diario que acabo de leer. Y así, mientras en Londres se están celebrando las olimpiadas más tristes y apagadas de la historia, en España la prima de riesgo sigue disparándose, las necesidades de financiación aumentan, el país avanza hacia la quiebra total, y los desahucios baten un récord histórico. Al mismo tiempo, en el norte de Cataluña avanzan las llamas, con catorce mil hectáreas afectadas, nueve mil arrasadas y cuatro muertos, y al otro lado de la península, en Extremadura, arden también los bosques, en un incendio a todas luces provocado y desde dos flancos.

Las noticias referentes al extranjero no me parecen menos catastróficas. Mientras en Iraq mueren ciento siete personas en una ola de atentados, en Damasco amenazan con utilizar armas químicas y biológicas si son sometidos a una agresión externa, en la India fallecen cuarenta y siete viajeros en un tren en llamas, en Groenlandia se está fundiendo el hielo a una velocidad inusitada, y varios científicos anuncian en la revista Nature que los ecosistemas del

planeta podrían sufrir el hundimiento completo hacia el año 2100; o lo que es lo mismo: por efecto de causas humanas, el medio ambiente podría sobrepasar el punto de no retorno antes de que acabe el siglo. Todo un acelerón en el grandioso camino hacia la nada.

Como colofón a tanta insensatez, el último periódico que he leído dice en su contraportada que el treinta por ciento de los niños de seis meses a cinco años sufren insomnio. ¿Y a quién puede extrañarle?, me pregunto. El insomnio de los niños puede ser el efecto de una causa bastante visible: la ansiedad general, que sus mismos padres les transmiten involuntariamente y como un elemento más de nuestra época.

Intento olvidarme por un momento de todo lo que he leído, me tiendo en el césped, cierro los ojos, y me dejo arrastrar dulcemente por los recuerdos de Gaby y los momentos tan sentimentales como sexuales que he pasado con él. Antes, cuando solo éramos amigos, salíamos con más gente y hasta con algunos profesores de la Escuela de la Imagen, donde curso estudios de ciencias de la comunicación, o de la Complutense, donde estudia Gaby; pero desde nuestro acercamiento una noche del pasado verano en que acabamos enredándonos bajo la misma sábana, permanecemos mucho tiempo juntos y hemos abandonado la vida de cuadrilla y las borracheras comunales.

Esta tarde, Gaby ha tenido que acompañar al hospital a una tía materna con la que vive en una casa junto al pantano de Galapagar, y nos hemos prometido vernos mañana.

Decido darme un chapuzón, y más tarde, cuando ya estoy a punto de abandonar la piscina, le envío un mensaje por teléfono: «Oh, Gaby, llevo unas horas sin ti y ya tengo ganas de verte. Te quiero, te quiero y te quiero».

Madrid, 10 de agosto, 2012

Recuerdo perfectamente que tras enviar el mensaje pedí una cerveza en el bar de la piscina, fui un momento al lavabo, acabé la cerveza y perdí completamente la consciencia. Ahí empezó el gran vacío de mi mente, y el gran miedo. Ahí empezó el horror que solo puedo expresar con un gran signo de interrogación, pues se ha borrado de mi cabeza todo lo que hice desde el momento en el que me hallaba en el bar de la piscina hasta el instante en que desperté en una cama de sábanas sucias. Tenía las bragas bajadas hasta la altura de las rodillas y me veía en medio de una habitación de paredes deterioradas.

Me incorporé aturdida, notando dolores en todo el cuerpo, y especialmente en el ano y la vagina. Sobre una silla rota encontré mi vestido y una máscara de cuero, y junto a la silla la envoltura desgarrada de una cinta de vídeo de la marca Canon y mis zapatos. No había nada más en la habitación.

Me calcé, me vestí, crucé un pasillo, abrí una puerta y alcancé la calle. Por lo que pude ver, acababa de salir de una casa abandonada junto al parque de Berlín.

Avancé como una sonámbula hasta la calle Pradillo, donde paré un taxi y pedí al conductor que me llevase a la avenida Filipinas. No se me ocurrió acudir de inmediato a alguna comisaría y me oculté en mi casa.

No había nadie en el piso: mi madre estaba en Aranjuez y no regresaba hasta el lunes. Nada más llegar me metí en la bañera. Quería purificarme. Era una necesidad imperiosa que estaba más allá y más acá de mi conciencia, muy debilitada y flotante. No podía creer que me hubiesen violado, y pensé en la posibilidad de poner una denuncia, pero estaba muy confundida y hasta creí que la culpa había podido ser mía por haber bebido y haberme desmayado. Intenté recordar y me invadieron imágenes fugaces de la terraza del Champagne Canal, de caras borrosas e irreconocibles, de mí misma girando como una peonza en un salón en penumbra, de un hombre enmascarado, o quizás dos... También creía recordar de pronto una cámara de vídeo colocada sobre un trípode, que hacía más explicable la envoltura de plástico que había encontrado en el cuarto. ¿Y si además de violarme habían grabado la agresión para difundirla alegremente por ahí? A la humillación de haber sido violada se uniría el infierno de la publicidad eterna en el eterno miasma de Internet. Luego pensé en Gaby y me invadió el terror. ¡Dios mío, Gaby!, grité, y me eché a llorar.

De pronto sonó el teléfono: era él.

–Por fin respondes –dijo–. Te estuve llamando hasta las dos de la madrugada. Olalla, ¿te encuentras bien?

–No. Tengo que hablar contigo, pero no por teléfono.

–Me estás asustando.

–Más asustada estoy yo. ¿Estás en tu casa?

–Sí. Iría a buscarte pero tengo el coche averiado.

–No te preocupes, dentro de un rato salgo para allá –le dije antes de colgar.

Mientras escribo en mi diario la deleznable experiencia, me pregunto si no será una locura abordar la calle y entrar en mi coche. Sigo narcotizada y no sé si estoy en condiciones de conducir, pero tengo que salir de este infierno como sea.